

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Un solo misterio

Autor/es:
Nuño, Ana

Citar como:
Nuño, A. (2000). Un solo misterio. La madriguera. (33):81-81.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41912>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Hace un año, por estas fechas, moría Robert Bresson. A lo largo de este año, *La madriguera del Topo* ha querido rendirle un homenaje, que a todos los que hemos participado en él nos gustaría que resultara finalmente cónsono con la manera predilecta –no, predilecta no: la única que conocía– del indiscutido maestro del cinematógrafo: sin estridencias, *sotto voce*. De las “imágenes detenidas” dedicadas a *Mouchette* o *L'argent* y *Pickpocket* a los sutiles aforismos de Isabel Escudero “al modo de Bresson”: un oblicuo acercarse al humano misterio de sus obras, resumido en esa sentencia de *Notas sobre el cinematógrafo* que reza: “Un solo misterio en las personas y los objetos.” Más que nunca se nos antoja necesario el gesto bressoniano por excelencia: “Suprimir aquello que pueda distraer la atención hacia otro lugar”. Porque ese “otro lugar” es ya casi el único rostro –sin misterio– que nos puede ofrecer hoy un cine que es sólo eso, el cine tan finamente, con la precisión de un bisturí, separado por Bresson del “inconmensurable campo del cinematógrafo”, el único que puede albergar y suscitar juntamente “la potencia ilimitada de crear”.



Y más que nunca parece no necesario, sino vital repetir esas elementales, básicas, fundacionales cosas que anotaba Bresson en sus cuadernos, hace casi la friolera de medio siglo, porque las gárrulas carteleras, los enfáticos críticos, los sobrevalorados festivales que son el pan nuestro de cada día furtivamente nos roban el deseo de cinematógrafo, que no es otra cosa que un anhelo de despertar en nosotros el mundo –“las personas y los objetos”–, para “extraerlos de la costumbre, descloroformizarlos”. Sonámbulos, cuando no catatónicos, atendemos

a las sirenas de una crítica que, como bien veía Bresson, es incapaz de operar una “demarcación entre cine y cinematógrafo”, una crítica que abre “de tanto en tanto un ojo ante la presencia y la inadecuada actuación de los actores, para de inmediato volver a cerrarlo”, una crítica “obligada a estimar a *saco* todo lo que se proyecta en las pantallas.”

Un solo misterio

Somos todos responsables del triunfo del cine sobre el cinematógrafo. Los cineastas, porque buscan ser cineastas españoles o taiwaneses o sociales –es decir, exhibir atada al cuello la etiqueta con el precio que el mercado pagará por ellos– antes que “practicar el precepto de encontrar sin buscar”. Esto último, es cierto, suele llevar más tiempo y es, por ello, menos rentable. Los críticos, porque construir una estrategia políticamente correcta y subir gracias a ella los peldaños que les conducirán a un taburete de honor, cuesta menos que elaborar una visión, es decir, “el vínculo invisible que relaciona las imágenes más alejadas y diferentes”. Y los espectadores, sencillamente porque nos creemos lo que escriben los críticos y nos tragamos una a una todas las etiquetas que ostentan los cineastas con vocación adjetiva.

Más que nunca, sí, hay que repetir que, contrariamente a lo que nos dicen quienes quieren vernos convertidos en fantasmales y sonámbulas presencias, “estamos aquí para decir verdad. Somos reales”. Esto no lo decía Bresson, lo escribe un poeta venezolano, Rafael Cadenas, pero hubiese podido suscribirlo el piadoso, austero, humano cineasta francés.

Ana Nuño